

CUENTOS

en los Parques Nacionales



Ministerio de Ambiente
y Desarrollo Sostenible
Argentina

CUENTOS

en los Parques Nacionales

Publicación elaborada por:

Coordinación de Contenidos
Dirección de Comunicación y Relaciones Institucionales

Dirección de Diseño e Información al Visitante
Dirección Nacional de Uso Público

Administración de Parques Nacionales

Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible

Una apuesta por los niños y niñas para la educación ambiental

Este año fue atípico para todos los habitantes del país, pero fue especialmente diferente para las niñas y niños. Por este motivo, a través de la Administración de Parques Nacionales (APN), lanzamos esta hermosa convocatoria de cuentos infantiles para realizar en familia. El objetivo fue recrear, desde los hogares, aventuras y relatos de nuestro patrimonio natural y cultural.

Nuestra misión es colaborar en la formación de ciudadanos críticos, para que piensen y reflexionen desde lo sostenible pero también discutan las desigualdades e injusticias sociales. Porque la pobreza es uno de los grandes problemas de la Argentina, y las consecuencias de los desequilibrios ambientales afectan de manera particular a los más vulnerables.

Por eso, confiamos sobre todo en los más jóvenes, quienes en este campo pueden producir mayores cambios que los que pudo llevar a cabo nuestra generación.

Este libro de cuentos nos llena de orgullo. No solo porque busca proteger nuestros bienes naturales y poner al turismo en sintonía con su cuidado, sino también porque contribuye a la educación ambiental y colabora en la divulgación de nuestra flora y fauna nativa y de las áreas protegidas de nuestro país.

Esperamos que este sea solamente el puntapié inicial para avanzar entre todos en una transición justa hacia una forma de vida más sostenible. ¡Disfruten de los relatos!

Juan Cabandié
Ministro de Ambiente y Desarrollo Sostenible
Agosto 2020

Teniendo en cuenta el receso escolar invernal, y atendiendo a la particular situación en que vivimos producto de la pandemia mundial, desde la APN lanzamos una convocatoria para que los más chicos puedan realizar actividades en sus casas junto a sus familias. Una de ellas, consistió en invitarlos a escribir historias que contemplen a los Parques Nacionales y su biodiversidad. Durante todo el mes de julio recibimos más de cien textos de todos los rincones del país. Crónicas, leyendas, ficciones y hasta textos publicitarios que incentivan a visitar nuestros parques. Sorprendidos por la cantidad de textos y la creatividad de los relatos, y porque nuestra intención tiene que ver con incentivar la educación ambiental y el conocimiento de nuestra Patria, decidimos publicar los cuentos en varios tomos. Nos pareció injusto que quedaran afuera tantos participantes. Por lo que aquí les presentamos el primer volumen de la serie de Cuentos en los Parques Nacionales.

¡Que lo disfruten!

Daniel Somma
Presidente del Directorio de la Administración de Parques Nacionales
Agosto 2020



ARASARÍ FAJADO Y SUS SUEÑOS

Guadalupe Abiuso, 10 años
Posadas, Misiones

Arasarí Fajado no era un tucán común. No sólo por su particular pico oscuro de notorio borde dentado con manchas amarillas, ni por su plumaje amarillo y rojo, gustaba de las frutas silvestres como todos los tucanes, pero lo que hacía especial a Arasarí era su brillante capacidad para soñar.

Él soñaba grande, soñaba con cataratas, pero no creía que existieran gigantes cataratas que lleven agua de colores, porque donde él vivía no había casi agua, soñaba lo que creía imposible. Las cataratas para Arasarí eran un invento de su imaginación, pero todo cambió cuando su abuelo le contó que una vez vio enormes cantidades de agua cayendo sin parar, ¡era lo que tanto tiempo soñó ver! Entonces lo llenó de preguntas, y su abuelo le describió cada detalle, le contó que en el río Iguazú, afluente del hermoso e inmenso río Paraná, desaguan montones de arroyos de las sierras de Misiones, estas aguas de tonos verdosos y azulados, corren veloces entre las piedras, donde a veces crecen matas de

Sardina de Agua, una peculiar planta resbalosa donde se alojaban sabrosos caracoles, y que la rapidez de las aguas hacen que los peces tengan que hacer un gran esfuerzo para transitarlas. También le contó de los vencejos que son aves de color marrón claro con pequeñas manchitas negras, que bailan y juegan entre las enormes cascadas, y que de vez en cuando él pasaba a conversar con ellos y le enseñaron como construyen sus nidos detrás del agua. ¡Eso sólo aumentó su deseo de ir!

Cuando tuvo la edad en la que los tucanes son adultos, por cierto son adultos cuando tienen 3 o 4 años, voló hacia las Cataratas del Iguazú, pero tuvo que viajar mucho. Por el camino vio paisajes de ciudades colmadas de gente, vio montañas largas e infinitas, observó con gran preocupación el avance de cultivos de soja sobre la selva, saludó a un gran yaguararé que le habló del desmonte y cómo se iba achicando su hábitat, conversó con las sabias lechuzas que le indicaron el camino y cómo cuidarse, y miró muy atento a preciosas mariposas que se convirtieron en una fascinación.

Hasta que por fin llegó a las Cataratas del Iguazú y las contempló: eran un sueño hecho realidad. En la selva los vencejos fueron amigables, Arasarí se maravilló con el vuelo de estas aves que atravesaban las poderosas cascadas en un ir y venir sin fin. También buscó a la famosa mariposa Panambí pero conoció a la mariposa Hamadryas Amphinome, y se enamoró de ella, porque Hamadryas, además de sublimes colores azulados y verdosos, que forman un hermoso dibujo lleno de círculos y curvas, era charlatana, encantadora, juguetona, amable y como él, soñadora ¡y había estado en uno de sus tantísimos sueños!

Un día se casaron y se fueron a vivir al nido de Arasarí Fajado que se llamó desde entonces Hamdrarasarí, se amaron y vivieron en su nido que

estaba en un Lapacho Blanco, que es un árbol típico de la selva misionera, junto a una orquídea que tiene las hojas carnosas, rígidas y púrpuras llamada Acianthera Recurva que crece junto a los arroyos, en la selva paranaense que aún resiste en Misiones.

MINIDICCIONARIO:

Hamdrarasarí: El nombre Hamadryas junto al de Arasarí





LA MALHUMORADA

Martiniano Acosta Marcello, 14 años
José C. Paz, Buenos Aires

Las mañanas de verano siempre son las peores para los animales santiagueños que viven en el Parque. Tienen tanto calor, que están día y noche echados esperando a que pase el tiempo y que llegue el otoño.

¡Ahh pero cuando cambian las estaciones! El Parque se transforma y como si brotaran por debajo de las piedras, salen a la vida las hormigas que emergen una tras otra en hilera. De los pastizales sale, tan rebosante y serpenteante ella, con sus casi tres metros de longitud, la boa de las vizcacheras. Es tan altanera y egocéntrica que a todos les cae mal y casi nadie conversa con ella, por lo que su hábito es solitario. Y como no puede con su genio, ahí va a esbozar lo que seguro será un reclamo o queja:

—¡Vaya! Ya empezó el otoño, la época en que el Parque Nacional Copo es visitado por los humanos.

A decir verdad, a la boa no le molestaba la presencia de humanos en el parque, ya que sabía que los animales dentro de él estaban protegidos.

Su problema radicaba precisamente en que tenía que “aguantarse” a sus compañeros que todos los años se reunían el primer día de la llegada del otoño a celebrar que por fin podían mostrar su belleza y destreza ante los visitantes.

La aparición del yagareté era lo que mantenía en vilo a todos. Como cada año hay menos, su presencia sí es celebrada.

—¡Buenas tardes amigos! —dijo el yagareté haciendo su entrada triunfante, con ese andar tan sigiloso, que no por nada es lo que lo hace inmiscuirse de los cazadores furtivos, si es que se presenta alguno.

Lo saluda una familia de tatú carretas que también acababan de aparecer.

—¡Buenos días Chango! ¡Este año sí que has crecido, se ve que te has alimentado muy bien!

—No puedo quejarme, no me ha faltado alimento. Dijo el Yagareté.

—¿Preparados para la celebración de esta noche? —preguntó el oso hormiguero, que se estaba relamiendo la cara después de haber metido su hocico en un hormiguero para alimentarse.

—¡Pero por supuesto que sí! Es lo que hemos estado esperando —contestaron todos.

—El chorlito tiene este año la palabra —agregó el oso hormiguero.

—Já, ya sabía —se quejó en un susurro la ponzoñosa boa que nada le venía bien.

—¿Así que este año me tengo que dejar mandonear por él?.

El chorlito desde lo alto del quebracho colorado comenzó con las indicaciones de cómo iba a ser la celebración, y todos estuvieron de acuerdo, excepto ya sabemos quién.

Quedaron en reunirse ese mismo día por la noche y celebrar con un gran festín la reapertura del Parque.

Al anochecer ya se podía escuchar bien alto la música de Los Manseros Santiagueños a todo trapo y el Parque estaba más que animado.

La piara de pecaríes sí que estaban de punta en blanco... ¡Y eso sí era un logro! estaban haciendo un esfuerzo descomunal para resistirse a un buen baño de lodo o tierra seca.

La familia de tatú carreta pintó sus caparazones de diferentes colores con pinturas hechas de flores secas encontradas por ahí. Uno de la familia se dirigió al yagareté:

—¿Y vos yagareté?

—Adorné mi cuerpo con las pieles viejas de serpientes. —Respondió en voz baja.

—¿Qué? No te escucho.

—Adorné mi cuerpo con las pieles viejas de las serpientes. —Repitió aún más bajo el yagareté.

—Sigo sin oírte. —Contestó el tatú.

—¡Qué me vestí con pieles de serpientes! —gritó el yagareté.

¡Para qué! En un santiamén el yagareté ya tenía a la boa enroscada a su cuello y era tal la bronca que ella tenía que no escuchaba explicaciones... ¡si hasta parecía poseída!

El yagareté por más que intentaba hablar no podía, tenía a la boa apretujándole el pescuezo.

Todos empezaron a los gritos:

—¡El yagareté no mató a las serpientes! ¡Sólo usó la muda de piel que ellas cambiaron!

Increíblemente y como si hubiese sido exorcizada, la boa comenzó lentamente a desenroscarse y empezó a escuchar las explicaciones que le estaban dando el yagareté y los demás compañeros del parque.

Pasó un buen rato desde que este episodio, incidente, mal momento o como lo quieran llamar, tuvo lugar. Al otro día se despertaron todos los animales, la boa los reunió a todos y les pidió disculpas por los malos ratos

vividos la noche anterior y por su mal carácter y les prometió que iba a cambiar para con ellos, a fin de cuentas, todos pueden convivir dentro de un mundo con tanta diversidad.





EL NUEVO HOGAR

Agustina Mariscotti, 10 años
Esther, Santa Fe

Entonces la Mbiguá, el Yacaré, el Carpincho, (que eran los más jovencitos y aventureros del lugar), y todos los demás animales del parque nacional Pre-Delta, se encontraron con que su preciada laguna, esa belleza natural creada por la Pachamama, un humedal perfecto y cuidadosamente diseñado, pero a la vez muy frágil: se había terminado de secar.

Pero el problema no terminaba allí, el pueblo del Pre-Delta se estaba preparando para recibir a cientos de amigos que huían de los incendios forestales que estaban ocurriendo al norte y al sur del parque. El único lugar donde escapar de semejante catástrofe era el Parque Nacional, porque allí el fuego, que era intencional y provocado por un puñado de humanos, no llegaría, no se atreverían a tanto.

La comunidad del parque ya estaba advertida de que esto sucedería, de hecho, se estaba cumpliendo el presagio de Carumbé, la tortuga más vieja y sabia de todo el parque. Ella fue quien años atrás había dicho: "Llegará el día en que el agua se irá y el fuego aparecerá".

Por lo tanto, los tres jóvenes amigos, decididos a revertir la situación fueron hasta el añejo Timbó Blanco, donde vivía Carumbé, y tocaron a su puerta. Se dice que tanto el Timbó Blanco como la Carumbé tienen la misma edad ¡más de cien años!

El Carpincho se acercó a la cuevita de Carumbé y con voz preocupada le dijo:

—Buenas tardes señora Carumbé, estamos muy preocupados por lo que está pasando, nos hemos quedado sin laguna, sin riacho y en apuros porque muy pronto llegarán muchos amigos que se están escapando del fuego, ¿qué podemos hacer?

La tortuga, poniéndose sus pequeños lentes para ver de cerca, le respondió:

—Hola joven Carpincho, sabía que ustedes iban a venir a verme. Tengo aquí preparado el mapa.

La vieja y sabia tortuga, con toda la paciencia que a ella la caracteriza, fue en busca del mapa. Tomó con sus manitos chicas y arrugadas una caja llena de polvo, la sopló y les dijo a los 3 amigos:

—Aquí tienen el mapa, busquen el lugar indicado y lleven a todos los animales a este humedal, allí encontrarán Aguapey e Irupés, pero sobre todo encontrarán mucha agua dulce.

Los tres amigos se miraron unos a otros, mucho no entendían qué es lo que debían hacer. Tampoco podían seguir preguntando a Carumbé, es que ella es tortuga de pocas palabras, debían descifrar solos las consignas del mapa. Así,

la tortuga los saludó sin más y se volvió a meter en su cuevita.

Con el mapa en sus manos los amigos empezaron a estudiarlo detenidamente, ¡no cazaban una!, no lograban entender hasta que a Yacaré se le ocurrió una idea, y dijo:

—¡Ya sé que vamos a hacer! Vamos a pedirle ayuda a nuestro amigo Sábalo, él mejor que nadie conoce todos los riachos, lagunas y lugares que hay por acá, es una verdadera alma libre, es mi amigo el bohemio —contó con nostalgia Yacaré.

Los tres amigos decidieron que le tocaba a Mbiguá salir en busca de Sábalo, y así el ave lo hizo, y cuando ya había pasado unas cuantas horas tratando de encontrarlo, finalmente lo vio nadando y el Mbiguá le gritó:

—¡Che, amigo! Soy Mbiguá, acércate que tengo un mensaje de Yacaré para vos.

El Sábalo se acercó nadando hasta donde se encontraba el Mbiguá e intrigado le dijo:

—¿Qué onda amiga?, ¿Que te trae por acá?

Ella sonrió alegre y le contó el problemón que estaban teniendo y en resumen le pidió si podía interpretar el mensaje del mapa.

El Sábalo agaró el mapa y leyó atentamente en voz alta: “no vayas al norte, sino al oeste, no dobles nunca para el Sur, sigue derecho por la galería verde hasta el espejo marrón, métete en él y encontrarás el destino perfecto, el cuerpo redondo, transparente y profundo será tu nuevo hogar”.

Entonces Sábalo, después de un largo rato de pensar y pensar, se dio cuenta que quería decir aquel acertijo y habló:

—¡Ya sé amiga!, cuando dice galería verde, se refiere al bosque de Sauces y Espinillos que están sobre el riacho marrón, o sea el espejo marrón del acertijo, ¡y el cuerpo redondo, transparente y profundo es la laguna brava que se encuentra al final del riacho!

Que alegría para Mbiguá haber escuchado esto, sin la ayuda de Sábalo no hubieran podido descifrar el acertijo. Explotando de felicidad le dijo:

—Muchas gracias, amigo Sábalo, no te imaginás la gran ayuda que nos diste, todo el parque se va a enterar de tu inteligencia para resolver este enigma.

Mbiguá voló lo más veloz que pudo, llegó al atardecer al Pre-Delta. El parque estaba repleto, estaban llegando todos los amigos, de tantos que había no podía encontrar a Yacaré y a Carpincho. Cuando ya casi agotada de tanto volar y a punto de dejar de buscarlos, logró ver a Yacaré y le dijo desde lo alto:

—¡Yacaré! ¡Yacaré! ¡Ya tengo el acertijo resuelto!

Y fue así que Mbiguá les contó a Carpincho y a Yacaré el significado de ese enigma. Aquella tarde se reunieron sin perder tiempo los líderes de cada manada, cardumen y bandada para organizar el largo camino a su nuevo hogar, un hogar con mucha agua y sin fuego, muy alejados del humano que últimamente estaba echando todo a perder.





UN DÍA EN LA ISLA

Matias Márquez, 10 años
Diamante, Entre Rios

Era una tarde calma en el Parque Nacional Pre-Delta. Las aguas corrían suavemente, una leve brisa había en el ambiente y en una de las ramas de un ceibo, asomado al curso de agua, un Martín pescador esperaba la suerte.

Miraba pero no pasaba nada. En eso, pasó volando un Carancho, y de lo alto le gritó:

—¿Y Martín, pasa algo, cómo va la pesca?

—Mala amigo, no pasa nada, ni una mojarra dando vuelta. —Respondió Martín.

—Bueeno, ya va a pasar alguna —Contestó el carancho.

En eso el agua se movió, Martín atento, en cualquier momento se iba a pegar un clavado. —Vamos Martín pescador viejo y plumudo —Se decía así mismo.

Y el agua se movía. Este es grande —decía—, este es grande.

En eso se movió de vuelta el agua. Eran un par de mojarra y cuando Martín se estaba por sumergir, abrió la boca un yacaré y se comió todo lo que andaba por ahí.

—Eh bocón, hace rato que estoy acá pescando, ¿qué te metes? —Le dijo Martín al yacaré.

El yacaré ni bolilla, siguió nadando para la costa.

En eso, ya enojado, muy enojado, Martín no sabía con quién pelearse y para colmo, pasó volando un benteveo por encima del árbol y gritó:

—Bicho feo, bicho feo.

Y ya Martín, se la vio también con él,

—¿A quién le gritas bicho feo vos? —le dijo el Martín pescador al Benteveo.

El Benteveo siguió su vuelo como si nada y quedó muy enojado el Martín pescador.

En eso, por debajo del ceibo, entre un sauce y un curupí, se acercó hacia la orilla un carpincho. Tranquilito, paso lento como siempre, sin apuros, mascaba unos pastos, miraba a su alrededor, y ya lo vio a Martín enojado.

—¿Qué te pasa Martín pescador? —Preguntó intrigado el carpincho.

—¡Mejor ni me hables, ni me hables! —Le respondió el Martín Pescador.

—¡Pero por favor! ¿Qué te pasa hermano? No andes enojado, mirá qué día precioso, qué tarde espectacular. Mirá el sol cómo se refleja en las aguas del río Paraná. Mirá las flores del ceibo con ese rojo intenso. ¡tenés que disfrutar la vida! —Le dijo el carpincho.

—¿¡Pero de qué me hablas!? —Respondió enojado Martín— Recién estaba esperando en la rama del ceibo, estaba pescando y ya veía que me comía una mojarra y se abrió la boca de este jetón, el yacaré, y se comió todo. Encima pasó el otro, el benteveo y me gritó "bicho feo". —Le contó el Martín pescador al carpincho.

—¡Pero no Martín! No te enojés. Quizás no es con vos la cosa, ya vas a tener suerte, ya va a pasar alguna mojarra. Vas a ver, quedate tranquilo hermano, no te enojés, la vida no es así, hay que tomarla con calma. —Contestó el carpincho.

—Bueno, está bien, te voy a hacer caso, te voy a hacer caso —Le dijo Martín y se quedó atento al río.

Y en eso, otro cardumen de mojarra, y ahí sí, ¡¡¡faaa!!! Martín se metió una zambullida y atrapó una grandota, la sacó y la sacudió contra el tronco, y ahí nomás se la comió.

—¿¡Viste! ¿Qué te dije? Tenés que tomar las cosas con calma amigo. ¿Para qué te vas a enojar? —le dijo el carpincho.

—Tenés razón, tenés razón Don Carpincho. Tan sabio usted, tan tranquilo. —Respondió Martín— Bueno, me voy a pegar una vuelta por el interior de la isla, en un rato nos vemos, hasta luego.

—Chau, chau Martín —le respondió el carpincho.

Pero antes de emprender su vuelo, Martín le dijo a Don Carpincho:

—Don Carpincho, usted que me ayudó a tranquilizarme y es tan bueno ¿Quiere que le pesque una mojarra así se la come?

—No querido, muchas gracias, yo como pasto nomás —Respondió el carpincho.

—Ahhh, me olvidé, perdón. Bueno, que coma unos ricos pastos —le dijo Martín.

Entonces agarró y partió, atravesó el albardón para tranquilizarse un poco más. Y ahí se cruzó con un Ñacurutú que le hizo una guiñada de ojos y le movió la cabeza, eso ya le cambió el humor a Martín, luego llegó a la laguna. Acá sí me voy a hacer una panzada, pensó.

Llegó entre las totoras y los canutillos, buscó una rama, un sauce que asomaba y ahí se puso, atento a las mojarra que quería agarrar. Y daba vueltas y vueltas y no pasaba nada. Otra vez el agua se movía.

—¡Ésta es la mía! —Dijo—. Y el agua se movía y se movía.

—¡Ésta es grande! —exclamó—. Y otra vez, no eran mojarra, era un lobito de río.

—¿Qué hace usted acá? —Le preguntó Martín.

—¿Y qué voy a estar haciendo Don Martín? Ando cazando mojarra, comiendo unos peces—Respondió el lobito de río— Peeero, me vengo del río.

Allá me las comió el Yacaré, sólo agarre una nomás. Y acá también en la laguna andan otros Yacarés. Tenga cuidado Don Martín —¡Y yo también tengo derecho a comer! —Agregó el lobito.

—Es verdad, es verdad. Tiene razón —Respondió Martín.

—Pero bueno, mire, vamos a hacer una cosa. Yo me voy para el otro lado y usted Martín agarre esta zona, capaz tenga suerte —Propuso el lobito.

—Bueno, ¡gracias amigo! —Contestó Martín.

Estaba bajando el sol y en eso pasó un cardumen de mojarra, y Martín se clavó al agua: se comió una, dos, tres. Se hizo una panzada y se dijo:

—¡Bueno, por hoy estamos listo! Me voy a dormir, ya es muy tarde, está bajando el sol, vamos a guardarnos y mañana será otra cosa.

Y así transcurrió un día más en las islas del Parque Nacional Pre-Delta, donde los bichos y las plantas, hacen de la vida toda una experiencia.





UN LUGAR LLAMADO EL PALMAR

Milagro Gomez Moscoso, 13 años
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Se cree que los humanos fueron los que plantaron las famosas palmeras del Parque Nacional el Palmar. Sin embargo, te contaré una leyenda que cuenta quién fue la primera en descubrir este increíble árbol.

En donde hoy está este famoso parque, se encontraba cerca del río un pequeño árbol solitario. Un día llegó mucho viento que lo golpeaba fuertemente. Las hojas se empezaron a enloquecer. Asustadas, decidieron tirarse al suelo, para evitar separarse. Pero había una hoja que no quería terminar en la tierra, por lo que decidió dejarse llevar por el viento.

Aterrada siguió la corriente hasta que se cayó en un "colchón" de ramas, que se encontraba en el suelo.

—¿Qué es esto? Se preguntó.

En un abrir y cerrar de ojos, vio una gigantesca criatura acercarse velozmente. Era muy grande y tenía un cuello largo y enormes patas.

—¿Quién te dio derecho a posarte en mi nido? —Le dijo la criatura.

—¿Qué eres? —Preguntó la hoja.

—Soy un avestruz. —Respondió.

—¿Por qué corres tan rápido? —Siguió la hoja.

—Estoy muy estresada y corro para tranquilizarme. Últimamente no he logrado dormir —Contestó la avestruz.

—¿Y qué causa que no lo puedas hacer? —Preguntó la hoja.

—Verás, cerca de aquí vive un sapo molesto, y cada noche realiza un ruido insoportable. Es por eso que no logro descansar. —Contestó la avestruz.

La hoja decidió ayudar a la avestruz. Esperó a que una ráfaga de viento la impulsara y recorrió todo el bosque, hasta que encontró una criatura de color verde oscuro, cerca de un río que hacía un ruido extraño. Descendió de los cielos y le habló al animal.

—Disculpa, ¿tu eres el sapo de los ruidos? —Consultó la hoja.

—Sí, soy el sapo cururú —Respondió.

—La avestruz me dijo que los sonidos que haces no la dejan dormir, ¿podrías no hacerlo, o hacerlo no tan seguido? —Le preguntó.

—Yo lo hago porque el carpincho de la madriguera suele venir aquí y se come las plantas acuáticas del río. Son parte de mi hogar y con mi sonido evito que se acerque. —Explicó el sapo cururú.

La hoja decidió ir, a través del viento, a la madriguera del carpincho y solucionar el conflicto. Encontró un animal peludo y dientón. Le preguntó:

—Disculpa, ¿tú eres el carpincho?

—Si, ese soy yo. —Respondió el animal.

—Al sapo del río no le gusta que comas las plantas acuáticas, son parte de su hogar. ¿Acaso no hay otra planta que puedas comer? —Preguntó la hoja.

—No es eso. Como verás en este lugar hay mucha vegetación. Sin embargo, son plantas aburridas, el río es muy atractivo. Si encuentras algún lugar o árbol atractivo. Comeré en otro lado. —Contestó el carpincho.

La hoja decidió investigar desde los cielos. Voló, voló y voló, pero no encontró nada. Frustrada, siguió en la corriente hasta que se chocó con una especie de árbol. Era de tronco largo y grandes hojas. Era una planta majestuosa y deslumbrante. La hoja decidió agarrar una semilla de esta y la plantó en el medio del valle. Pronto la planta creció, y terminó como la parte más bella del lugar. La

hoja se puso feliz por resolver los conflictos.

Pero algo pasó. Poco después, vio a los tres animales alrededor de la planta, gritándose mutuamente:

—¡Esta planta me pertenece! —Gritaba la avestruz.

—¡No! ¡Es mía! —Afirmaba el sapo.

—¿Y eso por qué? ¡Claramente es mía! —Decía el carpincho.

—¡Silencio! —Gritó la hoja— ¡Es de todos! y en todo caso es mía, fui yo la que la plantó. Tengo una idea, pero necesitaré su ayuda.

Junto con los animales, la hoja plantó más semillas de ese árbol. Con su cuello largo, el avestruz alcanzó las semillas; con su habilidad de cavar, el carpincho cavó en donde plantarlos; y el sapo se encargó de regarlas.

—¿Cómo llamarás a los árboles? —Le preguntó el carpincho a la hoja.

—Palmeras. —Respondió.

Y fue así como el valle se llenó de estos magníficos árboles.





LA MARA DIVERTIDA

Mateo Cabral, 9 años
La Plata, Buenos Aires

Mariana es una mara que habita en el Parque Nacional Talampaya. Vive en una madriguera enorme porque tiene una familia muy grande.

Todos los días Mariana juega con sus amigos: el guanaco Paco, la puma Luna, el cóndor Horacio, el águila Lila y otros animalitos.

Uno de los juegos preferidos es utilizar una vara, imaginando que pueden hacer magia. Cada animalito que es tocado por la vara, se transforma en otro, y eso los entretiene mucho. A nuestra mara divertida lo que más le gusta es pensar que mágicamente puede ser convertida en un cóndor.

Otro juego favorito de Mariana y sus amigos es divertirse mientras se esconden entre los arbustos que tiene el Parque Talampaya. Ahí pueden esconderse y pasar desapercibidos hasta que algún amigo los encuentre. Mariana aprovecha que es muy veloz para esconderse rápidamente; el cóndor Horacio siempre le dice que corre como una atleta.

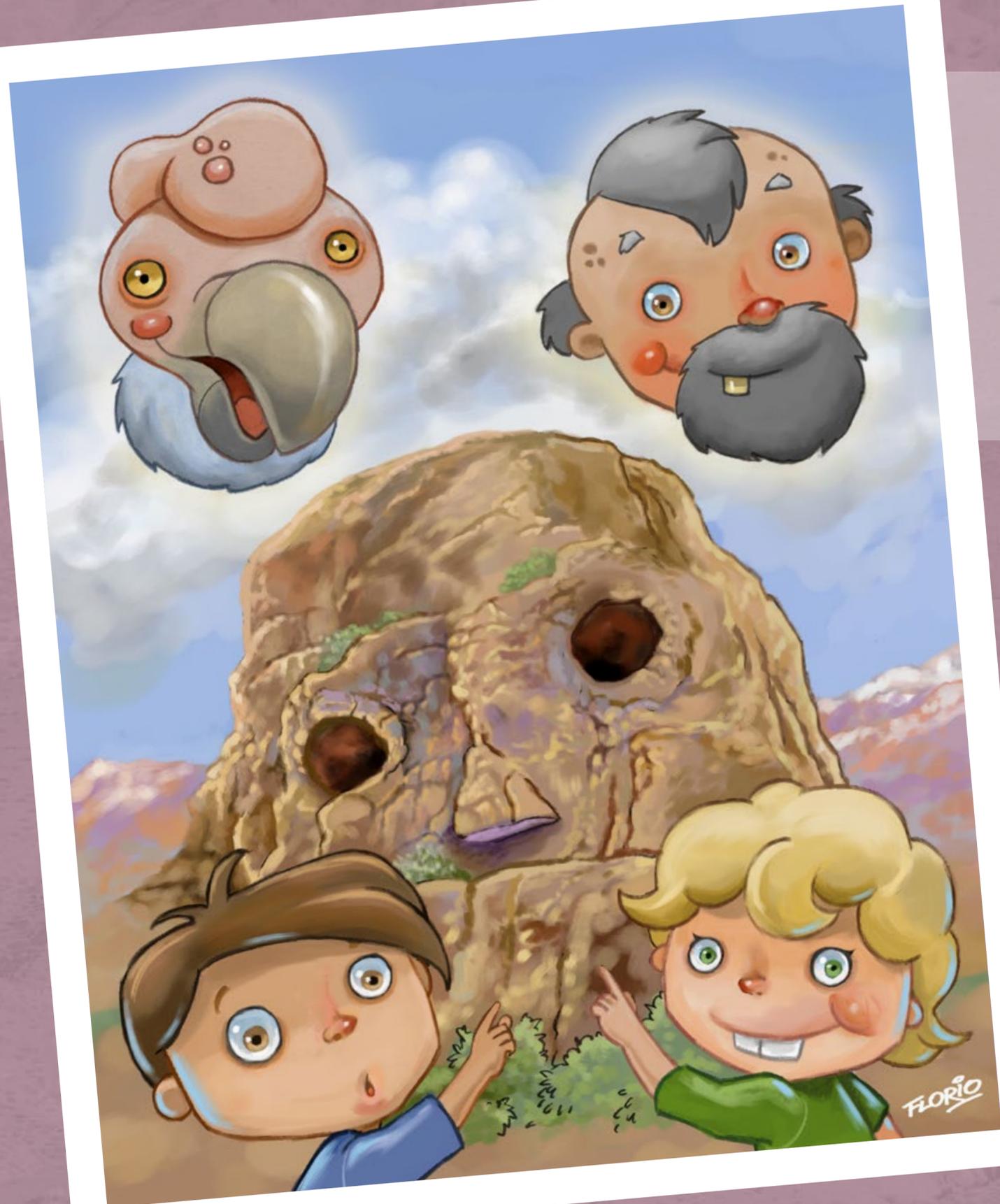
A esta mara, para el almuerzo le gusta cocinar pastos, cortezas y también hierbas... ¡Cocina muy rico! Mientras come junto a su familia, le gusta mirar los colores rojizos de los paredones y los algarrobos que están cerca de su madriguera. ¡Siempre se sorprende de los altos y esplendorosos que son esos paredones!

Esta pequeña mara puede estar sin beber agua durante bastante tiempo porque prefiere consumirla de las raíces que le gusta comer.

Algunas tardes, Mariana y los amigos van a mirar las geoformas y la que más les gusta es la del monje. También pasean por otros sectores de este enorme lugar que es una Maravilla Natural de Argentina y que los pone a todos los animalitos muy contentos y orgullosos.

Todos los días cuando está por llegar la noche Mariana y su familia van a su madriguera para cenar y dormir. Todas las noches lee un cuento y espera ansiosa la llegada de un nuevo día en el Parque para jugar con sus amiguitos entre los paredones rojizos.





CARA CUADRADA

Silvestre Nehuen Villarroel Forte, 10 años
Rivadavia, San Juan

Habíamos planeado ir a una montaña con mi familia, pero resulta que tengo una familia muy numerosa: tengo cuatro abuelos, dos bisabuelas, once tíos y tías, un primo, tres primas, una hermana, un papá y una mamá. A pesar de que éramos muchos decidimos ir al Parque Nacional El Leoncito. Nosotros vivimos en la capital de San Juan así que el viaje no fue tan largo. Fuimos cantando y jugando.

Tuvimos que viajar a Calingasta, pasamos por Barreal, y por la Pampa del Leoncito donde nos encontramos con un montón de personas practicando Carrovelismo, un deporte súper divertido que se inventaron las personas de este lugar. En el parque nos dieron un mapa con todos los ríos y montañas que hay. Mis primos empezaron a correr, tuvimos que cruzar el río varias veces, como no es tan ancho pudimos construir pequeños puentes con piedras.

Mi hermana mientras caminaba al borde del arroyito, pasó cerca de unas plantas que le dicen cortaderas, tienen hojas largas bonitas pero muy filosas: Ella se metió pensando que eran suaves, pero le lastimaron los cachetes. En el camino nos pasó algo muy raro, encontramos una montaña que no estaba en los mapas y que nadie había

visto. Era muy alta y nos decidimos a explorarla. Observamos un rato la montaña y mi papá nos desafió a que le pusiéramos un nombre. A mi primo se le ocurrió ponerle Cara Cuadrada. A todos nos pareció una buena idea porque tenía la forma perfecta de una cara de un señor, muy completa. Se veía muy clarita la nariz, la boca, los oídos y los ojos. Mi tío gritó: -¡No se hable más, hoy subimos Cara Cuadrada!-.

Vimos que era segura y empezamos a subir. Primero llegamos a la boca, nos encontramos con una sorpresa se acercaron dos cóndores volando en círculos mientras nosotros nos sentamos en los labios. Fue un momento muy bonito, mi mamá sacó varias fotos.

Seguimos subiendo y bordeamos la nariz. En uno de los huequitos nasales de Cara Cuadrada vivía una familia de cuis. Yo quise acercarme pero salió el papá cuis muy enojado de su madriguera y decidimos no molestar.

Seguimos subiendo y no vimos los ojos. Llegamos a la frente donde la cabellera nos hizo dar cuenta que estábamos muy cerca de la cima. Al llegar a la parte más alta de Cara Cuadrada vimos el paisaje más hermoso que jamás he visto. La montaña estaba cubierta de gramíneas y pastos andinos. Nos sentamos a disfrutar el paisaje. Veíamos la pampa del leoncito, el Mercedario, la cordillera de Ansilta y hasta el lejano Aconcagua. Era tan bonito que no nos dimos cuenta que el tiempo pasó rápido y llegó el atardecer.

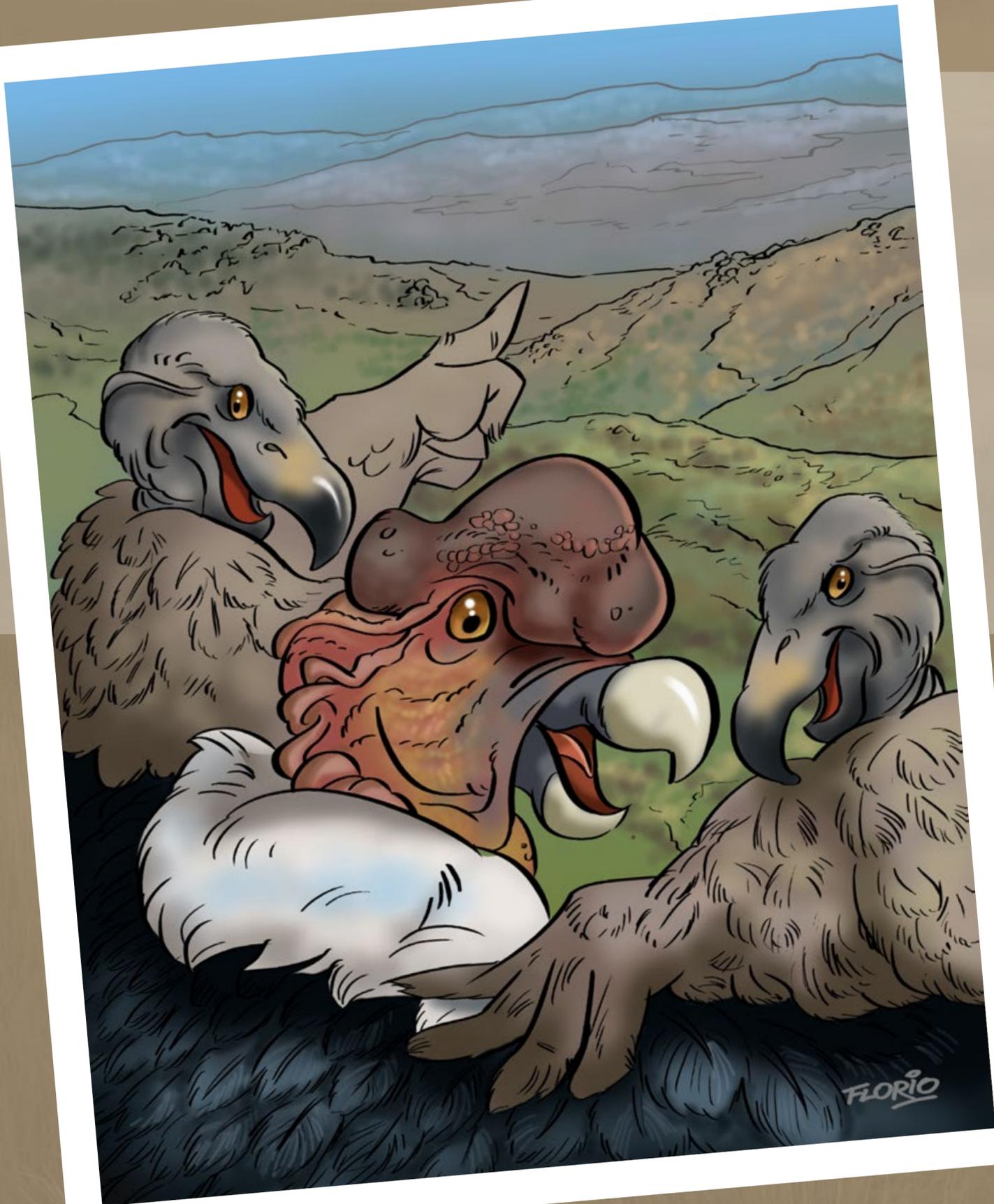
Comenzamos nuestro regreso, pero era muy difícil. No sabíamos cómo bajar y empezaba a irse la luz. Cuando vimos los ojos de Cara Cuadrada, nos acercamos y nos dimos cuenta que eran dos grandes cuevas donde había muchísimos animales atrapados: guanacos, choiques (ñandú petiso), zorros, martinetas, Piche llorón (quirquincho chico), comadreja, zorrillos común y un cabrito. La cueva era muy

profunda y los animalitos no podían salir. A mí se me ocurrió llamar al guardaparque, pero no teníamos señal y cada vez se hacía más de noche. Además, no sabíamos cómo explicar donde estábamos ya que Cara Cuadrada no estaba en los mapas.

Seguimos bajando, se hizo de noche, no había ninguna luz excepto la de las estrellas. Había muchísimas estrellas, muchas más de que las que solemos ver en la ciudad, también se veían más galaxias, nebulosas y planetas. Los meteoritos pasaban todo el tiempo como estrellas fugaces. Dicen que el Parque Nacional del Leoncito tiene uno de los cielos más limpio del mundo, debe ser verdad. Tanto no pudimos disfrutar el cielo porque teníamos un poco de miedo. Vimos pisadas de pumas y escuchábamos ruidos en la oscuridad. Bajamos y encontramos un refugio vacío y decidimos entrar porque era demasiado tarde ya para seguir bajando. Ahí pasamos la noche.

Cuando se hizo de día, desayunamos y nos fuimos de nuevo a Cara Cuadrada, llegamos a la cueva de los ojos y pudimos ver que tenía muchos pasadizos y nos encontramos con un señor que vivía ahí desde hace mucho tiempo. Nos explicó que estaba perdido y que los animales estaban bien porque él les llevaba comida y cuidaba que no se peleen, pero que no sabía cómo sacarlos. Los guardaparques recibieron nuestro mensaje y pronto estuvieron en el lugar realizando el rescate de animales y de este señor. Además, avisaron de esta nueva montaña para que la incorporen en los mapas y para que la cueva de los ojos no atrape más visitantes.

El señor regresó a su casa antigua, una casa muy bonita que había quedado abandonada por estar en la cueva, en el medio de un colorido pueblito. Algunos vecinos aseguraban que era una casa embrujada. Pero pronto al volver, todo volvió a la normalidad. Nosotros también volvimos a casa contentos de haber vivido esa aventura, de haber estado en un lugar tan bonito, de haber ayudado a los animales y al señor, de todo lo que aprendimos y de haber subido Cara Cuadrada.



UN LUGAR PARA VALORAR Y APRECIAR

Martina Rumin de la Iglesia, 11 años
Villa Nueva, Córdoba

Desde muy pequeña me gustaba la naturaleza, sentirla, disfrutarla, admirarla y cuidarla. Hacíamos picnics con mi familia en lugares alejados de la ciudad, pasábamos las horas en algún lugar donde solo podíamos sentir el sonido de los pájaros en el día y el agua de los arroyos por la noche mientras junto al fogón cantábamos y bailábamos. Ya de grande un fin de semana nos dispusimos con mi papá a conocer lugares más lejanos donde la travesía fuera lo más importante para los dos. Y allí empezamos a recorrer. En uno de los paseos, tuvimos la dicha de conocer el Parque Nacional Quebrada del condorito, un imponente lugar, magnífico y gigante en la provincia de Córdoba, Argentina, a 85 km al oeste de la ciudad homónima y el centro de las sierras.

Llegamos hasta la entrada en camioneta y después subimos solamente con nuestra mochila y nuestros deseos de conocer dicha inmensidad. El paisaje que nos brinda la naturaleza en conjunto con la limpieza y atención que ofrecen día a día los guardaparques del lugar. Es una zona donde el clima es templado serrano, pero en la cima de la montaña pasa a ser fría, con una gran amplitud térmica entre el día y la noche y entre el verano y el invierno. Nosotros fuimos en agosto y el clima estaba espectacular, ideal para caminar y luego acampar en la zona establecida para eso, ya que el parque está muy bien organizado con señales y sendas pedregosas para poder disfrutar del paisaje y solo escuchar el sonido de los pájaros sin tener miedo a perderte y no poder llegar a destino. Entre ellos puedes ver y escuchar al ave tan característica del lugar: el cóndor.

Es un ave enorme de gran potencial y talento para desplegarse por el aire y robarse toda la atención de los visitantes. Dichas aves aprovechan las corrientes térmicas de aire que se generan entre los paredones rocosos para remontar vuelo. Esta condición también la aprovechan para enseñarle a los más pequeños los rudimentos de los vuelos planeados. Son ejemplares espectaculares y lo más bello es que no se encuentran en peligro de extinción, gracias a todos los cuidados de los guardaparques y personas del lugar, que tanto los cuidan y protegen. Al llegar a la cima una enorme V es lo que se aprecia. Una grieta que alcanza los 800 metros de profundidad y cuyas paredes están separadas por un kilómetro y medio.

Así está caracterizado el territorio de la Quebrada del condorito, un lugar donde el contacto con la naturaleza es tan hermoso, y el contacto cercano con los cóndores a través de binoculares, es una belleza. Les recomiendo el lugar para pasar un día hermoso, aprender a cuidar y a valorar la naturaleza

que con la mano del hombre podemos seguir conservando junto a la flora y la fauna autóctona de cada lugar. Se los recomiendo...





EL AMIGO DEL ZORRO GRIS

Valentino Cascardo Ricci, 9 años
General Roca, Rio Negro

Una cálida mañana en la estepa del lago Nahuel Huapi, se encontraba el Zorro Gris intentando cazar a su presa. Se había cansado de comer hierbas. A unos metros se hallaba el Pilquín que también estaba comiendo. El Zorro lo ve y se acerca lentamente, el Pilquín se da cuenta que lo están mirando, entonces sale corriendo a su cueva y dice: —¡Déjame tranquilo que estoy comiendo!

Y el Zorro Gris le contesta: —¡Yo también tengo hambre!

El Pilquín se mete a su cueva por una de las tres grietas en la roca y empieza a hacerle burla al Zorro Gris.

Esto se repitió un montón de veces, y el Zorro Gris y el Pilquín se empezaron a hacer amigos, de intentar comerlo pasaron a jugar a la mancha, y de las burlas pasaron a las charlas... se habían vuelto grandes amigos.

Pero había un problema. Una mañana de sol el Zorro Gris, que se estaba afilando las uñas en su árbol favorito, descubrió un rasguño en aquel arrayán que no era suyo. Él sabía de qué animal era... de un Puma. El rasguño era muy, muy grande. Enseguida le fue a avisar al Pilquín que había un Puma deambulando por la estepa y corría peligro. Al enterarse el Pilquín se pegó un susto: —¡Ay, mamá! Gracias amigo mío por la noticia, sino nunca me hubiera enterado. —Le dijo el Pilquín al Zorro Gris.

—No hay de qué amiguito, para eso están los amigos.

—Contestó el Zorro Gris al Pilquín con una voz severa y tranquilizadora.

—Bueno amigo, voy a contarle a mi familia lo que me dijiste así se enteran. Hasta mañana amigo. —Dice el Pilquín.

—Hasta mañana. —Le responde el Zorro Gris.

Al día siguiente mientras el Zorro Gris descansaba al rayito del sol, escuchó que alguien pedía ayuda, era el Tuco Tuco Colonial. El Zorro Gris al escuchar al Tuco Tuco Colonial pedir ayuda dejó de descansar y fue a ver qué pasaba.

—¡Uy amigo mío! Qué suerte que anda por aquí, porque no sabe lo que vi, estaba comiendo y apareció un puma al lado de la casa del Pilquín. —Dijo el Tuco Tuco Colonial—. El Zorro Gris se preocupa y le pregunta: —¿Todos están bien?

Y el Tuco Tuco Colonial lo mira y le responde: —Sí, todos están bien... por ahora, pero seguro que usted tiene un plan... ¿no?.

El Zorro Gris lo mira al Tuco Tuco Colonial, piensa y dice: —Sí, tengo un plan, pero necesito su ayuda. Usted cavará un túnel para que el Pilquín y su familia salgan de la cueva mientras yo distraigo al Puma... ¡ah! Y luego recuerde tapar bien el túnel, para no dejar rastro.

Cuando llegan a donde está la cueva del Pilquín, el Zorro Gris empieza a distraer al puma y el Tuco Tuco Colonial se pone a cavar rápido. El Zorro Gris le dice al Puma: —¡Hola amigo!

Y el Puma de muy mala manera pregunta: —¿Qué anda haciendo por acá usted?

—Bueno... primero yo vivo acá, y segundo yo sé que donde hay un Puma, hay deliciosos festines. —Contesta el Zorro Gris, mientras ve que el Tuco Tuco Colonial ya estaba por terminar el túnel.

El Puma muy contento dice: —mmm...eso es verdad, los Pumas somos los mejores cazadores de todo el Lago Nahuel Huapi zorrino.

Mientras tanto el Zorro Gris ve que el Tuco Tuco Colonial le hacía una seña, y que el Pilquín y su familia salían de la cueva y se dirigían hacia su arrayán.

—Bueno amigo me voy a mi casa, buena suerte con su presa.

—Dijo el Zorro Gris al puma.

El Zorro Gris se alegra al ver al Pilquín a salvo.

—Gracias amigos por salvarme. —Dice el Pilquín muy feliz.

—De nada. —Contesta el Tuco Tuco Colonial.

—No hay de qué. —Dice el Zorro Gris.

—¿Pero ahora a dónde voy a vivir? —Pregunta preocupado el Pilquín.

—No pasa nada... te ayudaremos a conseguir un nuevo hogar. —Asegura el Zorro Gris.

—Gracias, eres un verdadero amigo. —Dice el Pilquín.

—Usted es el mejor amigo que un Zorro puede tener. —Contesta el Zorro Gris.

Se estrechan la pata y se van a comer el almuerzo.





LA OVEJA EXTRANJERA

Felicitas Menvielle, 12 años
Puerto Madryn, Chubut

Hola yo soy Pablo, soy un guanaco. Pero hoy voy a ser el narrador de una historia, más bien mi historia.

Era un día como cualquier otro, estaba caminando con mi manada por la estepa del Parque Nacional Perito Moreno, el sol brillaba porque comenzaba el verano, el viento rozaba las lengas y los ñires y las ramas parecían bailar en su movimiento. Sentí mucha alegría y salté un alambrado. De repente vi que no había más yuyos para comer. En mi cabeza pensaba que parecía un desierto, porque hasta había una planta rodadora, entonces me dije: "¿Qué voy a comer?", al segundo vi un yuyo y escuché que la planta rodadora susurraba... "¿estaré alucinando?", justo cuando abrí la boca para comérmelo, la planta lo arrancó.

Grité sorprendido "¡Qué! no puede ser".

—¡Sorpresa! —la planta rodadora me contestó— ¿Qué cosa no puede ser?

—¡Una planta parlante! —respondí.

La furia se adueñó de la planta.

—¡No soy una planta parlante! me llamo Yuyu y soy una oveja de las Malvinas.

—¿Qué hacés vos acá?

—Unos humanos nos trajeron a mi rebaño y a mí a pastar acá. Por cierto tienen muy buenos yuyos y nos gusta la tranquilidad que hay.

—Sí, hay muy buenos yuyos, pero se van a terminar si los arrancan de raíz...entonces no tendremos que comer y la guanacada de la estepa quedará desprotegida, como también el averío.

Le conté que mi familia y yo nacimos en el parque, le expliqué la forma en que los guanacos comemos los yuyos: cortándolos, porque si los arrancamos no vuelven a crecer y entonces todo se convertiría en un desierto y ¡nos quedaríamos sin alimentos! Yuyu se puso triste al pensar que podía morir y su rebaño también. Entonces, me contestó que iba intentar convencer a su rebaño de no arrancar las raíces, y sólo cortar las hojas. Yo amablemente le agradecí y sentí alivio...

De repente vimos un puma, ¡qué miedo! Nos fuimos corriendo, yo salté el alambrado y regresé con mi familia, ella se fue con su rebaño.

Y bueno esa es mi historia y la de la oveja extranjera. Por suerte generamos un trato con Yuyu y así su rebaño no desertificó y yo seguí contento en el parque.





SHONEN Y ESPERANZA BUSCAN REFUGIO

Fausto Cabezas, 7 años
Bariloche, Rio Negro

Entre pastizales y arbustos en lo alto del cerro Riscoso pasean Shonen y su pequeña cría Esperanza, de apenas cuatro meses. De tanto en tanto, se detienen entre los arbustos, ramoneando hojas de maitenes y de renovales de lenga sobre la ladera de la montaña. Se desplazan entre parches de bosques y afloramientos rocosos. Es una tarde de Marzo, un poco ventosa, el sol ilumina el camino desde el horizonte. A lo lejos divisan la presencia de cóndores que sobrevuelan sobre la ladera sur del cerro.

Mientras caminan, Esperanza se detiene a olfatear las flores y su mamá la vigila atenta para que no se quede atrás. Otra familia de huemules, se cruza en el camino, es una pareja con otra cría que caminan hacia el norte. Shonen le comenta a Esperanza:

—Qué suerte tenemos de vivir aquí en este hermoso lugar, entre lagos y cerros en la Patagonia.

Recuerda la última vez que cruzó nadando la laguna Escondida, cuando aún no tenía a su cría. De pronto Shonen nota que las nubes, que apenas asomaban detrás de la montaña cuando iniciaron su recorrido, comienzan a cubrir todo el cielo y un viento húmedo anuncia que pronto podría largarse a llover. Shonen debe buscar reparo para guarecerse con su cría. Luego de andar unos metros más, finalmente deciden que será mejor regresar. Dan la vuelta y a paso rápido emprenden el regreso hacia su refugio. Atraviesan una quebrada y sectores con riscos para cortar camino. Sus patas cortas pero robustas ayudan a saltar entre las rocas.

Shonen está muy alerta a los depredadores como el puma y el zorro colorado, quienes podrían estar al acecho. Agudiza su oído y con de sus grandes y puntiagudas orejas se mantiene alerta ante cualquier sonido amenazante.

Aún falta recorrer un buen tramo para poder resguardarse, cuando Shonen advierte que un zorro colorado se aproxima hacia ellas. Shonen debe proteger a su cría, una presa fácil para el zorro. Por suerte, el avistamiento se produjo a tiempo. Shonen se queda inmóvil al lado de un roquedal y su cría se encuentra oculta detrás de ella. El pelaje denso y áspero, color pardo les permite camuflarse en el ambiente y pasar inadvertidas para el zorro que sigue su camino en otra dirección.

Por suerte la amenaza pasó, Shonen recuerda las historias que le contaba su papá sobre los peligros a los que debe estar alerta. A menudo su padre salía a pastar con ella y le contaba historias acerca de los cazadores, que lo perseguían

cuando era joven para cazarlo y obtener su piel y cornamenta como trofeo. También recuerda las advertencias de su madre, de no acercarse a la ruta y zonas pobladas, ya que los perros y los autos también representan un peligro, aún viviendo dentro del Parque Nacional. Shonen ama su lugar, el Parque Nacional Los Alerces, que al igual que otros parques de Argentina protegen a su familia y al ambiente donde viven. Su especie se encuentra en peligro de extinción debido a la gran cantidad de amenazas a las que están expuestos los huemules. Durante las últimas décadas las poblaciones de huemules han sido reducidas y actualmente se encuentran dispersas en zonas muy aisladas entre sí. Finalmente las primeras gotas comienzan a caer y se siente en el aire olor a tierra mojada. Deben darse prisa para llegar al refugio, antes que la tormenta se intensifique. Continúan caminando ladera arriba, el viento comienza a azotar fuertemente y la llovizna se transforma en una lluvia intensa y constante, desprendiendo partículas del suelo, formando pequeños hilos de agua que por la pendiente confluyen en correntadas entre los arbustos. Finalmente, luego de cruzar un arroyo, cuando ya están próximas al refugio, observan un par de cuernos en forma de Y que asoman entre unos ñires achaparrados. Entonces mientras siguen avanzando se dan cuenta que es Chaltén, el padre de Esperanza. Chaltén sale al encuentro de ellas, contento de verlas llegar. Al fin se sienten seguras. Ahora sí, juntos se internan en el bosque denso para guarecerse de la lluvia. Comienza a caer la noche y la temperatura disminuye. Una vez a resguardo, se disponen a descansar, ha sido un día muy largo y con muchos desafíos para ambas, pero sobre todo para Esperanza que está aprendiendo día a día sobre la aventura de la vida en este precioso lugar.





EL GRAN MAESTRO

Justina Rossi, 9 años
Pergamino, Buenos Aires

No es nada sencillo ser maestro de escuela, sobre todo cuando los alumnos son más curiosos de lo normal. El maestro es el tucúquere más viejo del Bosque. Sus alumnos lo llaman "Tucu" y en su hábitat es conocido como "el gran búho". Tucu sabe cómo callar a sus alumnos para que lo escuchen y es tal el respeto que impone, que hasta las loicas dejan de cantar cuando Tucu queda al mando de la clase.

Tucu era un maestro muy sabio y venía notando cierto desinterés en sus alumnos por seguir aprendiendo. Pensó que tal vez las altas temperaturas de las tardes de verano los tenía desgastados. Los animales ya no querían asistir más a la escuela. Por las noches la temperatura baja considerablemente, así que Tucu les propuso a sus alumnos cambiar las clases para la noche, pero éstos se negaron. Al parecer, no era el clima lo que los tenía tan poco motivados. Tucu estaba desesperado y triste. Era la primera vez en años de docencia que el gran búho no podía atraer la atención de sus alumnos. Los días pasaban y cada vez asistían menos animales a su clase. De camino a la escuela, ubicada en las altas mesetas, Tucu veía a los ñandúes corriendo carreras en los

matorrales, a los piches que se perdían en aquel paisaje semi desértico y árido, y a los guanacos haciendo de las suyas en rebaño junto a los enormes troncos característicos del bosque. Veía a todos sus alumnos jugar pero no iban a su clase. Cuando llegó a la escuela, lo estaba esperando solo un estudiante, Donato, un zorro gris al que nunca había faltado a clases.

—Dime Donato, ¿Qué está pasando con ustedes que me han dejado solo?

—Le preguntó Tucu y el zorro respondió:

—Nos aburrimos en la escuela.

—¿Cómo que se aburren? Si yo les explico todo acerca de nuestro hábitat...

—replicó Tucu. Y Donato siguió:

—Nosotros amamos el lugar dónde vivimos pero queremos conocer otros lugares, otro clima, otra vegetación, otro paisaje, nosotros queremos viajar.

Ese día, Tucu salió pensativo de la escuela: "¿Qué puedo hacer para captar la atención de mis curiosos alumnos?" Después de escuchar a Donato y analizar la situación, el gran búho encontró la solución. Mandó a pedir que para la próxima clase no faltara nadie porque iban a hacer un viaje a un lugar con clima y vegetación totalmente opuesto al que tenían ellos. Al recibir la noticia, los alumnos se alistaron ansiosos para asistir a clase. Tucu se sorprendió al ver a todos sus alumnos juntos otra vez y empezó la clase diciendo:

—Hoy vamos a viajar al Parque Nacional Bosques Petrificados de Jaramillo. Los animales se miraron entre ellos y dijeron: "Pero éste búho está totalmente loco, si es ahí donde vivimos y es aquí donde estamos".

—No estoy loco —replicó Tucu y siguió— Yo les dije que vamos a viajar a un lugar distinto al nuestro, con clima húmedo, con abundante vegetación, densos bosques y árboles de gran porte y eso es lo que vamos a hacer en éste preciso momento.

—Pero si nuestro clima es seco, desértico, frío, árido y ventoso... —dijo en voz bien alta uno de los choiques. Los alumnos estaban desconcertados, nadie entendía lo que estaba pasando en esa clase, sin embargo, el maestro siguió:

—Los invito a viajar con la imaginación y para ello, deberán prestar atención al relato que les contaré a continuación sobre nuestro bosque.

Tucu empezó su relato remontándose a 150 millones de años atrás, cuando aún existían los dinosaurios y nuestro planeta era muy diferente a cómo es ahora.

—Aunque les cueste creer, aquí mismo, el clima era húmedo y había grandes bosques con árboles gigantes —explicaba el maestro— ¿Lo llegan a ver? —preguntó Tucu a los alumnos concentrados.

—Todo es muy verde con abundante vegetación y hace calor —respondió el zorro gris.

—¡Vamos bien! —dijo el maestro y siguió el relato:

—La Cordillera de los Andes no existía y en su lugar había mar. Ni siquiera la ubicación en el mapa era la misma que ahora.

Les explicó que en ese entonces, toda esa zona de la Patagonia estaba más

cerca del Ecuador, entonces eso propiciaba un clima húmedo y cálido. A través de la detallada descripción del lugar, de las condiciones climáticas y geográficas, el maestro logró que sus alumnos viajen con sus mentes y se ubiquen en tiempo y espacio de aquella época. Éstos escuchaban con mucha atención la historia de su lugar y del asombro que tenían, ni la boca podían cerrar.

—Se te cae la baba chulengo —así lo llamaban sus amigos— querido —le dijo uno de los zorros grises al guanaco y todos comenzaron a reírse porque se dieron cuenta de que todos estaban en la misma situación que él. Estaban fascinados con la historia y hasta disfrutaban del lugar:

—¡Se siente suave el pasto aquí! —se escuchó entre los presentes.

—Y yo puedo escuchar el ruido del mar —dijo el zorro Donato en voz alta.

Los alumnos pedían al maestro que siga con más y Tucu siguió:

—Hoy en día lo único que quedó de todo eso, son los gigantes troncos correspondientes a los árboles de aquella época, entre ellos, las araucarias ancestrales.

—¿Y cómo pasamos a éste cambio tan opuesto en cuanto a clima, flora, fauna y paisaje? —preguntó un chingolo tímido.

—Y es ahí donde está la magia queridos alumnos —respondió el gran búho y siguió— nuestro planeta cambió, los continentes se movieron, se levantó la Cordillera, los volcanes entraron en erupción y nuestro territorio fue sepultado con cenizas y lavas y por eso los bosques se petrificaron.

Los alumnos no salían de su asombro.

—Ya era hora de volver al presente e irse a sus casas, aquí termina nuestro viaje —les dijo Tucu muy contento porque había recuperado el entusiasmo de sus alumnos. De regreso a su casa, el gran búho se percató que no sólo sus alumnos habían aprendido algo nuevo, sino que él también había aprendido algo de ellos: “Qué gran poder tiene la imaginación, se puede lograr lo imposible, como darle alas al que no tiene”, se dijo el búho así mismo y se fue a dormir.





CUENTOS
en los Parques Nacionales



Ministerio de Ambiente
y Desarrollo Sostenible
Argentina